

LAS CUITAS DE UN AJOLOTE Y OTROS RELATOS

5548

Raymundo Colín Chávez



LAS CUITAS DE UN AJOLOTE Y OTROS RELATOS ♦ Raymundo Colín Chávez

G. C. ESPIRAL URBANA

LAS CUITAS DE UN AJOLOTE

Y

OTROS RELATOS

Raymundo Colín Chávez

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Proced. _____

Este libro se editó con fondos del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC, 1995) de la Dirección General de Culturas Populares (DGCP) del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA).

Diseño del libro: G. C. Espiral Urbana
Ilustraciones: Juan José Hernández Benítez



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

índice

prólogo

9

las cuitas de un ajolote

las cuitas del ajolote

13

preludio del ajolote

17

el nacimiento del ajolote

23

sentía ternura

por el ojo de vidrio

29

el chicharronero

33

el suavcito

37

el accidente

41



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION
General de Culturas Populares

dedicatoria

En memoria de Benita Galeana, a mi madre Gudelia Chávez Martínez, a mis hijos, Gregorio, Mario y Fabián, a Rosario Becerril Valero, a mis hermanos, Nicolás, Marcelino, Rosario, Vicente, Rosa, Guadalupe y Alfonso. A mi cuñada Pilar, a mis sobrinos todos, a mis primos Javier y Marcos, a mi compañera Alicia Soto Ayala, a su mamá, Aurora Ayala, que me prestó la máquina de escribir, a mis amigos, Miguel Pineda, Mere, Sergio García Díaz, Arturo Ortiz Negrete, Daniel Manrique, Fernando Díaz Enciso, a los *Olvidados*, a Eduardo Vázquez, a Eduardo Candelas, a Susana Velazco, directora de la Casa de Cultura de Neza, y sobre todo al pueblo y al barrio que me dieron el deseo de vivir: a ciudad Nezahualcóyotl.



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

prólogo

Hará unos cuarenta años que las luces de las velas y lámparas de petróleo comenzaron a iluminar el salitre y los grandes charcos donde vivieron los primeros pobladores urbanos del ex-Vaso de Texcoco.

Los primeros personajes de esta odisea obligada y poco agradable existieron alejados de las universidades y la suficiencia económica; los centros culturales no se vislumbraban ni en los sueños de los colonizadores, cuyos nombres permanecerán por mucho tiempo o quizá por siempre, ausentes de los textos de la historia del mundo y de los títulos académicos. Es posible que nunca sepamos quién fue don Serafín Rodríguez ni de dónde ve-



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACIÓN
Y DOCUMENTACIÓN

Dirección General de Culturas Populares

nía. Algunos crecimos en las calles con sus hijos, saboreamos el mismo lodo, corrimos en los mismos charcos, acudimos al entierro de uno de ellos, sufrimos juntos los atropellos de la policía y las autoridades, repelimos las pedradas de otra banda. Para nosotros no eran Juan, Pedro, Anastasio u Oscar siempre fueron el Vampiro, el Perro, el Moco o el Tamal; los nombres propios y extravagantes empezaron a crecer en nuestros hijos.

La historia del Ajolote que aquí se presenta es la de cualquier treintañero de Neza amamantado con té de hojas y pulques finos; de infancia sofocada y adolescencia reprimida. El Ajolote nos plantea las venturas y desventuras de una vida mortificada y apapachada por la propia vida, encarnando sus bondades en la siempre presente figura de su madre, altar permanente de su templo, de donde obtiene la fuerza que lo lleva a realizar la labor de superhéroe en la obcecada protección de sus hermanos, primero de sangre y luego de clase.

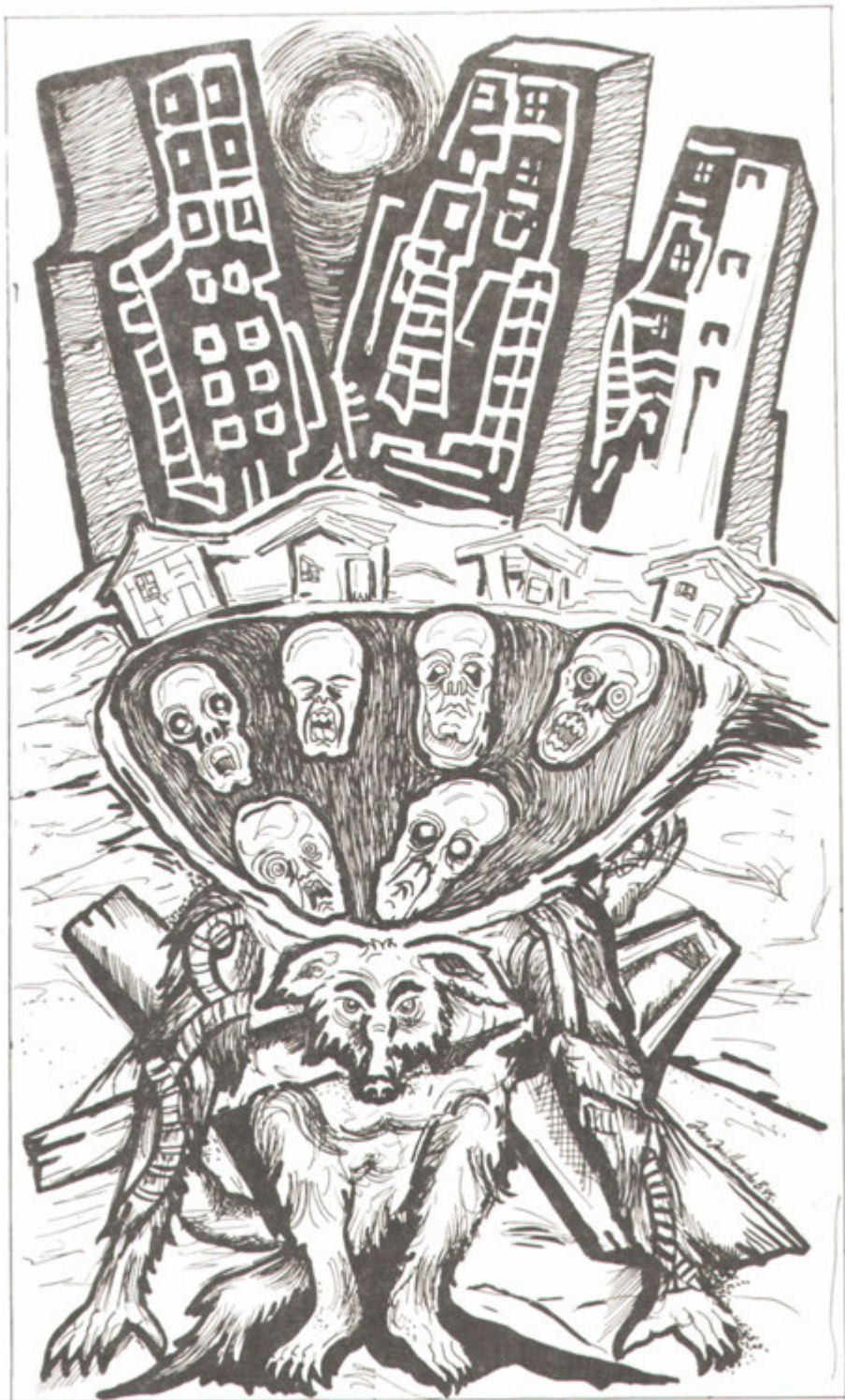
El lector de estas cuitas encontrará entre sus líneas una parte de su propia identidad o conocerá sin aburrirse un momento de la historia de Neza.

La leyenda negra de Neza, con sus calles oscuras y polvorientas que servían como salón de fiestas o piedra de sacrificios de los adoradores de la violencia, víctimas conscientes o inconscientes de un sistema cimentado sobre el dolor, el hambre y la miseria del más débil encuentra su belleza en la ansiada búsqueda del saber y la cultura de los hijos de esta tierra.

Tal como se construyeron las calles, las banquetas y las casas de esta ciudad, ahora se construye la identidad artística de nuestro pueblo. Cada libro que se publica, cada revista que se presenta son ladrillos que edifican el muro que terminará por separarnos de la ignorancia. De ahí la valía del trabajo de Raymundo, "El Ajolote", con este libro inicia una nueva etapa en su vida literaria que esperamos sea ascendente y prolífera. Enhorabuena.

Suriel Martínez

las cuitas de un ajolote...



las cuitas del ajolote

Mi jefa me parió en la calle, entre aullidos de perro y lamentos de ánimas en la noche. Dice que nací con el ombligo enredado al cuello y que es por eso que a mi destino lo marca la tragedia: "De todos tus hermanos tú eres el que más me preocupa, ¿qué será de ti cuando me muera?" Me dice ella mientras aferra su mano a la mía, doliéndose de mi destino.

Mi jefa tiene los ojos profundos y una intensa oscuridad dentro de ellos, sus labios están heridos de tanto morder el silencio; sus manos son mi alma. Siempre las verás tallando la pobreza en el lavadero, o mirando hacia ella misma para descubrir el instante en que se le

secó la vida. Ella es muy triste, pero muy alegre cuando está conmigo. Es la persona más solidaria de este mundo, a pesar de su miseria, siempre tiene un techo y un pedazo de pan para su prójimo.

Me cuenta que mi padre enterró mi ombligo en la parte trasera de la casa y que es por eso que no la podía dejar. Hasta que un día, en un arranque de hastío, como una tuza, me puse a cavar hoyos en la tierra que me señaló, cavé y cavé hasta que encontré mi ombligo y lo lancé muy lejos, desde entonces, soy un errante que huye de sí mismo.

Mi jefe es un rostro agrio y un violín misterioso en la memoria, unas tijeras hambrientas en mi pelo y una caricia que deseo y nunca llega. De él no tengo mucho que contar, porque cuando nos vemos se nos llena la boca de vacío y los resentimientos nos repelen, hasta aventarnos lejos, lo más lejos posible, para no vernos jamás.

En la casa de las almas que se devoran, hubo una vez un infierno que aún guarda brasas. Penetrar su puerta era encontrarse con una jauría de ánimas, que al más leve movimiento de ofensa a la matriarca, se te echaban encima para despellejarte y volcar en ti toda la frustración y la violencia, que los siglos de los siglos, acumularon en sus garras.

Anima Mayor no pudo suplantar a Patriarca y las ánimas menores se rebelaron en el abismo. Fue sangrienta la revuelta y dolorosa para Matriarca. Anima Mayor quedó destronado y Patriarca olvidado para siempre. Las ánimas menores sostuvieron por muchos años el mismo infierno. Matriarca, ebria de desesperación, vomitaba sobre ellos sus remordimientos, maldiciendo a Patriarca y culpándolo de ese averno. Pero él estaba en el limbo carcajeándose de su desventura, las ánimas menores se dieron cuenta y una de ellas, a la que llamaban el mutante, subió al limbo y al encontrarlo carcajeándose en su silla, lo lanzó hacia la nada. Fue así como se libraron de su

sino. Matriarca ya no lloró más, Ánima Mayor se unió a ella y comenzaron a mondar aquel infierno.

Mi infancia siempre estuvo marcada por los miedos; el miedo al zumbido del viento y a la tronadera de la lluvia. Mis temores eran como un ruido intermitente taladrándome el cerebro. Alucinaciones que hormigueaban en mi adentro y se posesionaban de mi carne, hasta que en una gran batalla, que duró lustros, los vencí.

De niño fui enfermizo, es más, yo no sé porqué aún sigo vivo, tal vez por el deseo de mi jefa, pero le salí muy caro, porque para ello tuvo que soportar el desprecio de mi jefe. Mi cuerpo no sólo es carne y sangre, también penicilina y yodo. Cuando no me enfermaba de las anginas, me daba la tosferina, o la amibiasis: —Tú eres muy enfermizo por que eres sietemesino, —dice mi jefa, la que es la verdadera tierra de mi vida, por ella me siento libre, por ella tengo el fervor a la justicia, por ella soy un tráfuga del destino.

En el 68, el *coco* tenía cabeza de misil atómico y las manos ensangrentadas. De ese año sólo recuerdo a mi tía Catalina, tejiendo junto a la ventana. Era una tarde de cielo negro que después se convirtió en granizo. Mi primo Antonio estudiaba en el Politécnico; en las noticias dijeron que hubo un enfrentamiento entre granaderos y un grupo de vándalos estudiantes, pero que ya estaba todo bajo control. Al escuchar eso, mi tía Cata pidió a Dios por su hijo, él regresó ya entrada la noche. Después fue una serie de rumores, no recuerdo más, sólo que cuando alguien daba el pitazo de que venían los estudiantes, mi jefa no nos dejaba salir.

“Si gana el PAN se arma la guerra”, decía ella en tiempo de elecciones. Cuando Avándaro, yo estaba sentado bajo la puerta de mi casa y no se cómo ni de dónde pero empezaron a pasar un montonal de chavos por la avenida Pantitlán, con sus guitarras, cargando sobre sus lomos mochilas y cobijas: los Snupis, los Tífanis, los de la Romero y los de las Fuentes. Eso fue antes de que se

suicidara Alma Grande por Carmela. Ya entonces Teresa usaba minifalda y se le veían los calzones cuando brincaba la reata. Enrique Guzmán traía loca a mi hermana Lupe y aún no sonaba el Tri como ahora. Un día hubo un temblor tan fuerte que me salí arrodillado de mi cantón hasta la calle. Por muchos años se mofaron de mí mis primos y mis hermanos.

¿Cuándo fue que cayó el abismo sobre nosotros? Si hubiera llegado en forma de tempestad nos habríamos dado cuenta, si hubiera tenido forma de remolino lo habríamos visto, pero cuando lo supimos ya era demasiado tarde, porque muchos de nosotros ya estábamos girando dentro de él.

Yo sólo recuerdo que íbamos correteando una mariposa para atraparla con el suéter. Que teníamos un *jicote* volando, amarrado con un cáñamo en nuestro dedo, que sacábamos *caicos* de un cocol gigante, que la meta tenía muchos carritos, que la luna de gis estaba llena de tostones y pesetas, que por pendejo me dejé hacer los cinco hijos y me agarraron de pelotazos en la espalda, que le dije a Oscar que ya no me iba a llevar con él a los cuartos, que los *mocos* aún no tenían el dedo parado en el centro de la mano. Que las mentadas de madre me dolían más que las inyecciones, que aún no habían llegado a la calle Don Alfonso y Don Cacahuete, que... pero yo no sé cómo llegó ese pinche abismo, si me hubiera dado cuenta seguro que aún estaría cotorreando con Pedro y la Española, pero se los llevó el muy jijo.

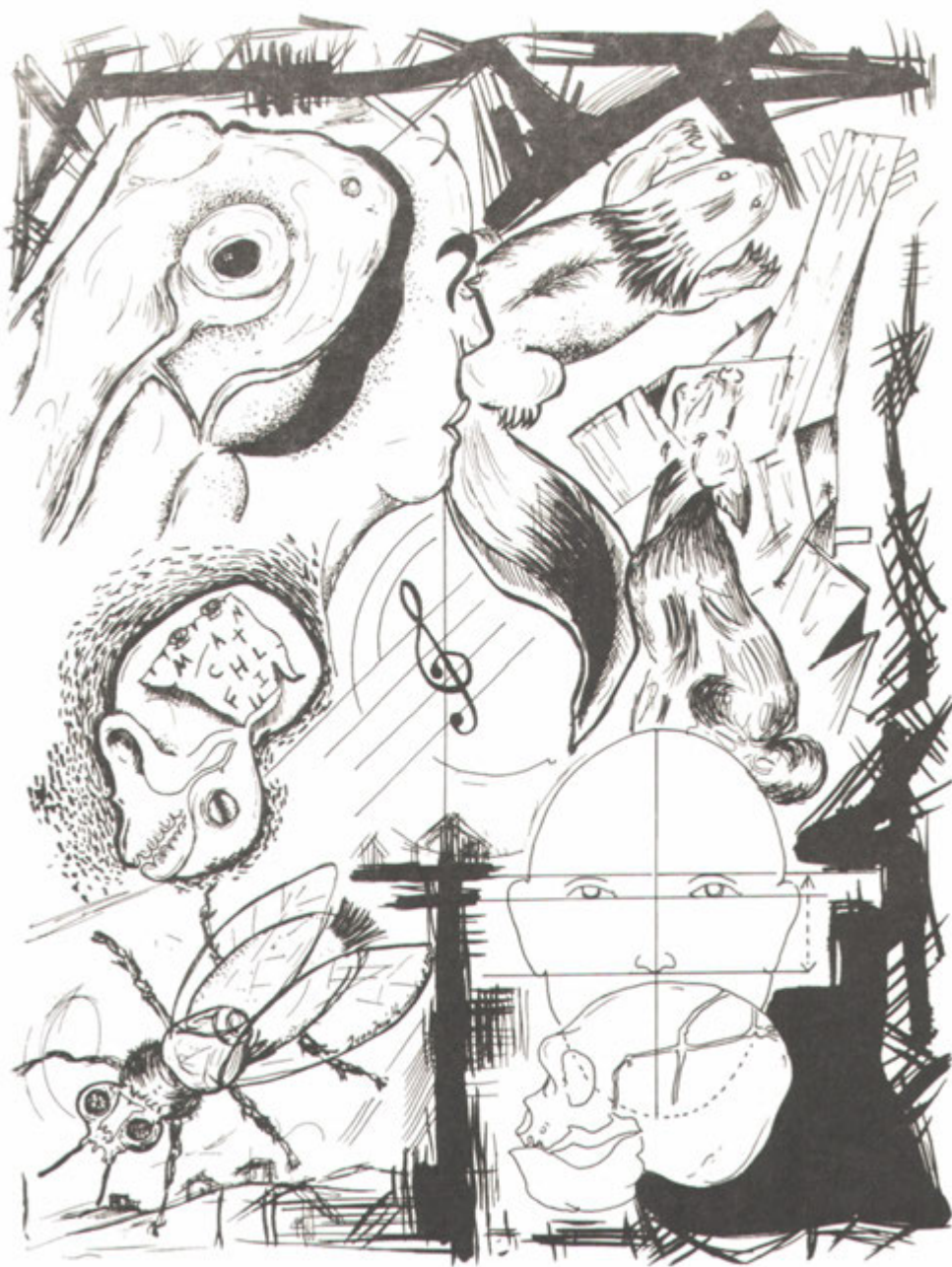
Aunque en mi infancia se incubaron todos los monstruos de mi adolescencia, recuerdo cosas bellas, como las aventuras al Peñón viejo, la brincotera en los charcos y la sonrisa de mis amigos, que por azares del alcoholismo, la drogadicción y la violencia, tuvieron que partir hacia la muerte.

Pero qué se le va a hacer, así son mis cuitas... así es la vida del Ajolote.

preludio del ajolote

El llano se encontraba dentro de una cuenca oscura, a lo lejos la ciudad de México, oasis de luz en el desierto, espejismo al que todos los días, millones de sobrevivientes asisten para alumbrar sus sueños.

La esperanza estaba oscura. Distante, se vislumbraba el tiempo para que las casuchas y sus moradores tuvieran un lugar donde la flor emergiera del fango y del salitre, para extenderse a llano abierto. Porque ahí sólo crecían hambre y degradación, el drama cotidiano y los jotes en carne y alma. Manojos de perros pudriéndose bajo el sol. Perros radiográficos y sarnosos, alucinando su alimento en las piernas de los muladares, desbocán-



dose por la rabia y los ataques solares, perseguidos por infrahumanos colonos, para lincharlos a palos y con ello escarmentar a los demás perros, que agachaban la cabeza y escurríanse como ánimas en pena por los jacales.

Odio y agresión eran algo común: familias contra familias, calle contra calle, broza contra broza, verdaderas batallas. ¡Cuántos heridos y muertos dejaban estas trifulcas!, bajo la mirada temerosa de los pobladores, veladores y policías, que sólo cuando terminaba la refriega se acercaban para dar fe o para apresar a algún caído en combate.

Esto ocurría en el llano atestado de pobreza, donde las ánimas pululaban cremando su impotencia, maldiciendo el haber sido marcados por el abandono. Amamantados por el matriarcado constructor de un pueblo que le aúlla a la vida.

Comíamos los deshechos de los mercados de San Juan y la Romero, como perros entre los residuos, sacando todo lo comestible para acallar nuestras lombrices. En los basureros engullíamos desperdicios y nos tragábamos las botanas sobrantes de las pulquerías y de los *toreos* y una que otra vez anélidos de agua puerca y ajolotes de los charcos, que nos sabían saladitos, a carne de ostión.

Recogíamos huesos de perro putrefacto y alambres en los baldíos —para rasparles la herrumbre con los dientes y verificar si era cobre o no—, latas y botes de aluminio, cartón, fierro, papel, vidrio y como onagros en caravana, cruzábamos las dunas de los camellones, cargando sobre nuestros lomos de charal, los costales llenos con la pepena del día.

Del Bordo de Xochiaca a las Fuentes, de las Palmas a las Fuentes, bajo el pesado sol y entre densas tolveneras, sudando por la frente y los sobacos, por la espalda y por el ano, para ganar unos cuantos quintos con Don Chucho, que abusaba pagándonos a menos de

la mitad lo que le vendíamos, argumentando que los niños no requerían más dinero que un adulto.

A veces en lugar de ir a la basureada, boleábamos zapatos después de salir de la escuela o vendíamos chicles y paletas en las calles y en los chimecos o bien, pepinos, naranjas, jícamas, roña de rábanos y zanahorias, sobre una mesa a la puerta de mi choza.

Era la manera de ayudar a la jefa, para que no se amolara tanto en el lavadero y dejara de giñarle al tendero, y para no verla abordar el chimeco del charco a la Merced; y entre diablos, cargadores y marías, dejara de esperar a mi jefe, que cada tercer día le aventaba una limosna para el chivo del cantón. Así se enfrentaba la vida en la trompa del coyote.

Con un palo abríamos el estiércol que tiraban del establo para ver hervir los pinacates en la entraña que, al ser descubiertos, se enterraban de nuevo y nosotros escarbábamos más hondo para seguir curioseando. Los pinacates son negros y les confundíamos con las avispas, cuyo piquete es doloroso. Al encontrar un pinacate tratando de treparse en mí, lo machacaba repugnándome su pestilencia.

El excremento de vaca era como el lodo que pisaba cotidianamente en las calles de mi infancia, se amoldaba a mis pies como la caca a los pinacates. Los gusanos blancos del estiércol se pegaban en mi ropa al buscar a los pinacates; miles de gusanos espumando la mierda y en la carne descompuesta de los perros. Una ciudad de gusanos, y yo: un pinacate.

El hedor de los pinacates destripados, era más apestoso que el de los perros muertos. Los gusanos caníbales no me daban tanto asco comparados a los frascos de lombrices, que exhibían los merolicos frente al mercado de La Merced y que, dicen, tragan nuestras entrañas.

A veces los perros voraces masticaban a otros descompuestos, que en aquellos años había por montones

en los baldíos, en los camellones, o pudriéndose en plena calle. Los canes carnívoros comían, mientras yo retacaba los costales de pepena. Sus hocicos se embaldurnaban de gusanos y como si reprocharan mi intromisión, gruñían, para darme a entender su hambre desesperada.

Cierto día una pareja de borrachos se acercó al montón de basura donde yo me encontraba y buscando en ella sacaron una bolsa con sobras de comida, se me quedaron viendo, ni los fumé, uno de ellos rompió la bolsa y empezó a zampar, llevándose puños de desperdicios a la boca; el otro ebrio le arrebató la bolsa y ansiosamente hizo lo mismo, embarrándose los labios de basofia. Me acordé de los perros. Uno levantó un papel y se limpió con él la boca, su acompañante lo imitó. Trastabillando se alejaron de la basura, la gente los columbraba, algunos con asco y otros con lástima.

Con el costal lleno de pepena sobre mis hombros, me perdí sobre la llanura borrosa de tolveneras, pensando que a la noche miraría las estrellas.

El Mutante logró sobrevivir, arrancar su alma del destino heredado. Vio una luz en la penumbra y fue tras ella, algunos desalmados trataron de impedirlo, pero él siguió adelante a pesar de los zarpasos. Continuó caminando, dejando atrás el abismo que lo fustigó por tantos años y que lo tuvo al borde del suicidio. Se marchó con sus sueños y los que en el camino creó para construir con ellos nuevos sueños y volver, sí, regresar a su origen para esparcirlos por ese llano.

Cuando dejó su casa, escuchó voces anunciando la vigilia de los amigos muertos, los que no tuvieron tiempo de enderezar sus sueños y se fueron a vagar al lugar de lo cerca y lo junto, al pueblo donde se hallan todos los que se dolieron de la vida, al pueblo debajo de un río, al paraíso anhelado, al que está pero que no existe.

Oyó las voces del llano que le gritaban: ¡Eres el alma antepasada de tus amigos muertos, de todos nosotros, de tu madre y tus hermanos, de los que estamos aquí perdidos en el silencio, perforando las lozas del dolor para llegar al sitio donde nuestra palabra y nuestra vida valen algo! Sigue y nunca pienses que estás solo, esa luz que persigues somos nosotros, y no nos dejas, no te estás alejando, sólo trasciendes a donde algún día llegaremos todos, esa luz es nuestro corazón dialogando con el alba.

Y en verdad aún se hallaba en el llano, pero su sensibilidad tenía alcances portentosos, era una especie de hombre colibrí que cruzaba veloz el llano de su infinito. Así se sentía desde que abandonó el abismo y partió para encontrarse con el universo. Desde entonces disgregó su amor en ese llano y a su origen le dio una razón para soñar en la esperanza.

el nacimiento del ajolote

El último chimeco de la noche avanzaba entre tumbos por la Avenida Pantitlán. Un ladrerío lo seguía en su caída a la obscuridad.

—¡Hazle la parada viejo!

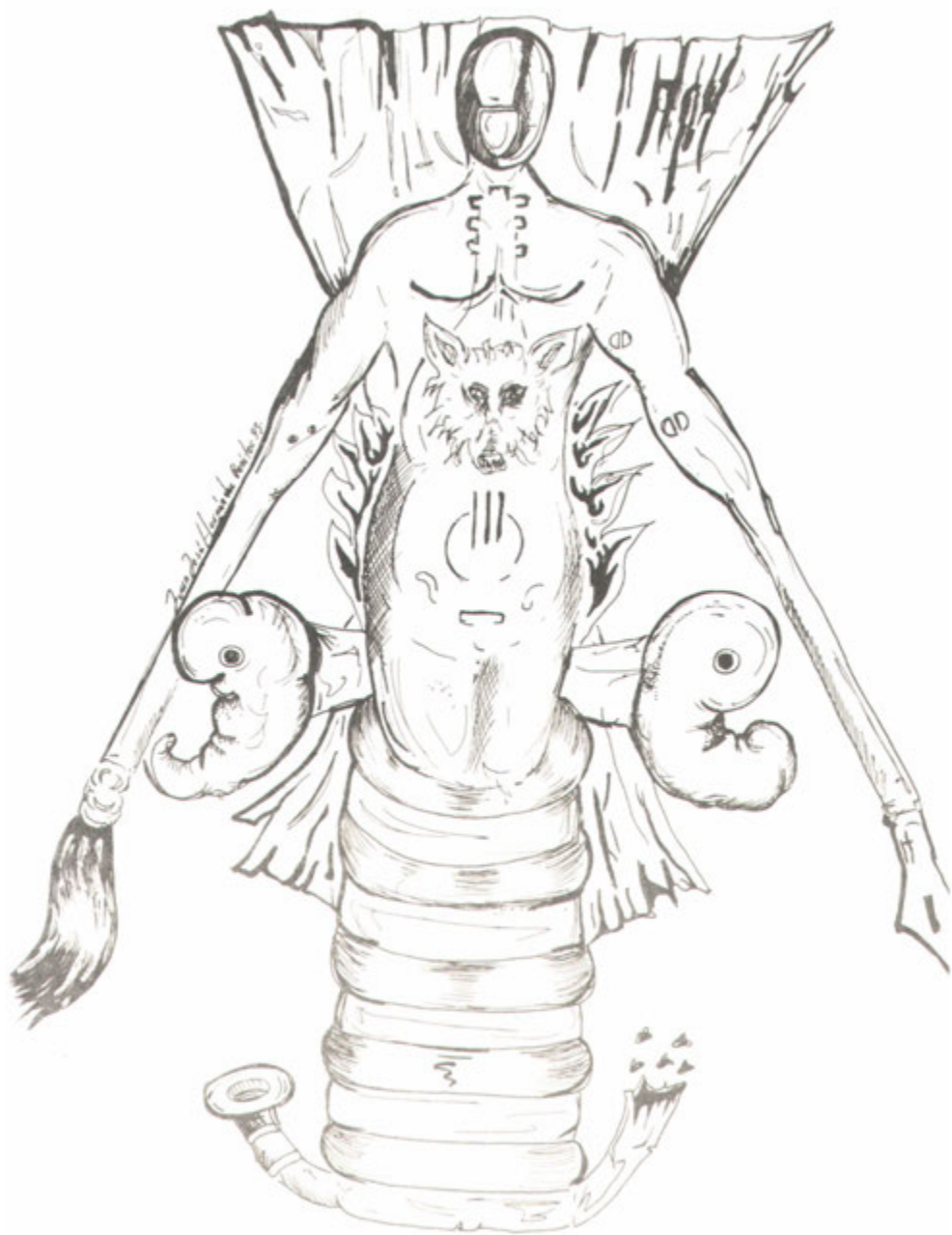
El guajolotero detuvo su marcha y la pareja trepó, acomodándose en los asientos traseros.

—¡Cierra la ventana pa' que no me pegue el frío Pedro!

Ordenó la mujer. Él obedeció y sentándose a su lado preguntó:

—¿Te sientes bien Gudelia?

Regados en los demás lugares, dormitaban varios



obreros del tercer turno rumbo a las fábricas, pegando sus chollas en los cristales. Al llegar a la avenida México, el mionca frenó nuevamente, abordándolo un par de parranderas, luego continuó su viaje. Las noctámbulas relajaban albureándose entre sí, sus risotadas despertaron a los proletas, que intentaron callarlas sin conseguirlo; molestos, guardaron sus reclamos, mientras las damas de la francachela seguían su relajo.

Antes de llegar al mercado de la Romero, el vehículo se zarandeó violentamente, provocando que gritara la mujer de Pedro:

—Yo creo ya no aguanto hasta el sanatorio, flaco. Dijo apretándose el vientre.

—Aguántate gorda, nomás llegamos a la Zaragoza y a'i tomamos un taxi que nos lleve al hospital, pa'que te atiendan los do'tores.

Una de las noctívagas al oír la plática, se entrometió:

—Si seño, amáchese un poquito. A ver mana pásame la botella pa'que, aquí la amiguita, se eche un pegue y se le duerman los dolores.

La aludida respondió:

—Muchas gracias señora, pero 'orita no puedo beber.

—Ta' suave mi reina, tú sabes lo que sientes.

Calló la ebria, que después de sorber la botella, la guardó. El chofer y los proletas estaban atentos a cuanto ocurría. Gudelia apretó los dientes sumergida en sus pensamientos, su marido la tomó de la mano y la acarició suavemente. La charchina brincaba sobre el pedrerío y a cada reparo, el cuerpo de Gudelia se contraía dejando escapar fortísimos pugidos que tensaban el ambiente.

—Dile al chofer que se vaya más despacio, viejo. ¡Que este chamaco ya tiene ganas de vivir!

El viento se columpiaba en el alambrerío que se extendía por toda la colonia; los postes crujían sus almas de madera y los gatos llamaban a las gatas al sexo doloroso en las azoteas. Era siete de enero. En el Centro

Recreativo de la Raúl Romero se llevaba a cabo el baile de rosca de reyes. La música y las carcajadas de los que se divertían en la pachanga, ensordecían los ladridos en la noche.

—Mira nomás que bailongo se traín éstos, mana.

—La pachangueada que se han de estar dando.

Comentaban las pirujas cuando Gudelia soltó el alarido:

—¡Ay virgencita santa! Ay, ay, ay, ay...

Todos se quedaron tiesos, volteando hacia donde se encontraba la pareja. Gudelia no dejaba de quejarse revolviéndose en el asiento.

—¡Deténgase señor que mi vieja ya va a dar a luz!

El conductor apagó el motor. Nadie salía del suspenso. Pedro extrajo su paliacate del pantalón y secó el sudor que se derramaba en la frente de su esposa. Sobreponiéndose a la impresión, una de las trasnochadoras se acercó a socorrerla:

—¡Cálmate chulita, 'orita yo te ayudo, pero cálmate!

Todo sucedió en una partícula de eternidad, ante la mirada absorta de los que se hallaban en el camión:

—Ten, empújate un trago pa'que te aletargue la punzada.

Con las piernas bien abiertas, Gudelia se puso a pujar y a pujar hasta que el pequeño dejó ver su mollera, entonces la teporocho lo jaló. Ya en la intemperie le plantó una nalgada y el niño lloró ruidosamente.

—A ver déme su chamarra pa' taparlo, señor.

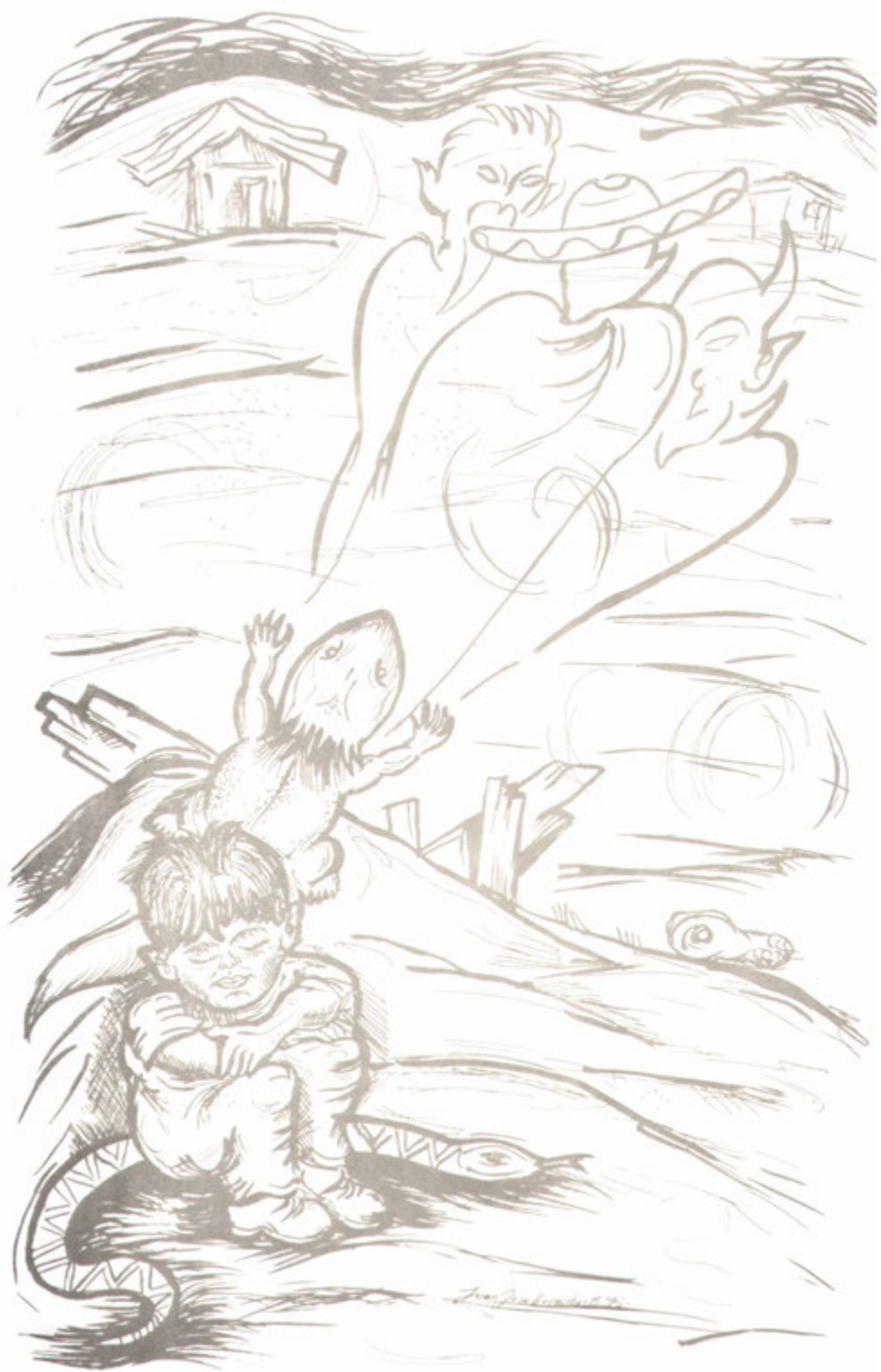
Pedro la entregó. La ajumada envolvió con ella al escuincle y se lo regresó a su madre. Gudelia, al ver que el ombligo aun colgaba de la panza de su hijo, ordenó a su esposo:

—¡Córtale con tu navaja la tripita y luego fájalo con tu pañuelo pa'que no se lastime!

La trasnochadora se retiró de la pareja con la botella de licor pegada a su boca. Una vez hecho lo que su mujer le pidiera, Pedro encendió un cigarro, y lo chupó

desesperado. El recién nacido se contorsionaba en los brazos de su madre. Uno de los obreros rompiendo el mutismo, exclamó:

—¡Mírenlo cómo se retuerce, parece un ajolotito!



sentía ternura por *el ojo de vidrio*

Cuando mis padres llegaron al *coyote en ayuno*, la única forma de distraerse era mirar correr remolinos sobre las llanuras terragosas y techar bien la casa para que las tempestades no dañaran sus misérrimos muebles. En diez años inundaron el chante de chiquillos. Mi padre se largó cuando nací, entonces mi madre empezó a beber y en sus ratos sobrios solía contarnos leyendas. Nos pasábamos la noche a la luz de las velas, escuchándola narrar invenciones fantásticas que en la soledad de su vida, trasladaba incrustando los personajes en estos llanos.

La imaginación entonces era elemental para no aburrirse a falta de otras distracciones. Todavía me acuerdo y me da miedo la leyenda de la llorona, que se le apareció a mi tío Luis estando de borracho a las dos de la mañana en la calle, hora en que pasaba la gritona, yo sólo la escuché una vez, nunca la vi pasar aunque la espiaba a esa hora con el ojo pegado a las rendijas de la puerta. Cuántas leyendas de espantos nos contaba mi madre, en su esfuerzo por quitarnos el hastío. Leyendas tales como la del *Charro negro que se aparecía en los barrancos y era el pingo*, *el pacto de Dios con los niños*: el arcoiris para que no cayera otro diluvio, esta leyenda me la contaba para que no temiera cuando granizaba y hacía mucho viento; *la casa de la víbora chupa-chichis cerca de un río*, *la bruja que se quitaba los miembros y se convertía en pájaro malo para chuparle la sangre a los niños*.

Mi madre suspiraba profundamente y perdía su mirada en la nostalgia, de vez en cuando una lágrima en su mejilla; apretaba fuertemente su rebozo como queriendo retener su origen que se le desgarraba a cada rato.

Un día mi abuelo compró una radio de pilas para ella y de nuevo la imaginación fue protagonista. Imaginar a Julián Gallardo, *El Redentor* cabalgar en su caballo Rayo de Plata combatiendo la injusticia; me chanceaba mi madre, diciéndome, que yo era hijo de *Kalimán*. Una semana me la pasé presumiendo ojos azules.

Aunque era un malvado sentía ternura por *El ojo de vidrio* que más miedo le daba su mujer que la ley misma, ante ella su chaleco de malla era un simple trapo.

Los domingos, día de escuchar a Cri-crí e ir a la iglesia, después, la matiné en el cine Lago: Capulina, El Santo, Blue Demon y Huracán Ramírez; pero a mí me gustaba más lo que brotaba de mi imaginación. De niño no me daba cuenta de la pobreza ni de la condición en que vivíamos, a todo le encontraba goce. En los charcos pesqué microbios y ranitas, y construí cuevitas en la tierra

para mis trenecitos de piedras, la imaginación... mi niñez fue la imaginación.

Mi hermana Guadalupe apretándose la tripa un día dio el enganche para una televisión. Tenía once años y me gustaba jugar timbiriche con Lilia. Con la tele entraron a la casa Cachirulo y el Chocolate Express de Cuqui la ratita. Entonces ya no me dio por soñar locuras, ni volar papalotes o irme a revolcar echando cascarita con mis amigos, sólo cambié la fantasía por televisión.



el chicharronero

A las cinco, antes de caer el sol, se instalaba el chicharronero en la esquina de la cuadra. Un ventarrón de infantes se arremolinaba en torno a él. Éste los miraba con tranquilidad, sentado sobre un huacal raído y tembeleque, debajo de su sombrero de paja descolorida, con sus ojos café oscuro pequeñitos, de grillo apachurrado, aleteando en su rostro quemado y campesino.

Pensarían los vecinos que el vendedor tenía buena venta, pues la fila se extendía hasta en veinte niños. ¡Qué latosos! Se empujaban y se decían majaderías; los niños se formaban para competir, el concurso consistía en aguantarle tres cocos que el anciano asestaba en la testa de los

pequeños, a cambio de un tronador, un chicharrón, preparado con chile piquín nadando en jugo de limón podrido.

El chicotear de los árboles por la tolvanera, el rugir de los chimecos, la algarabía de los cascareros en el camellón marcaban el ambiente.

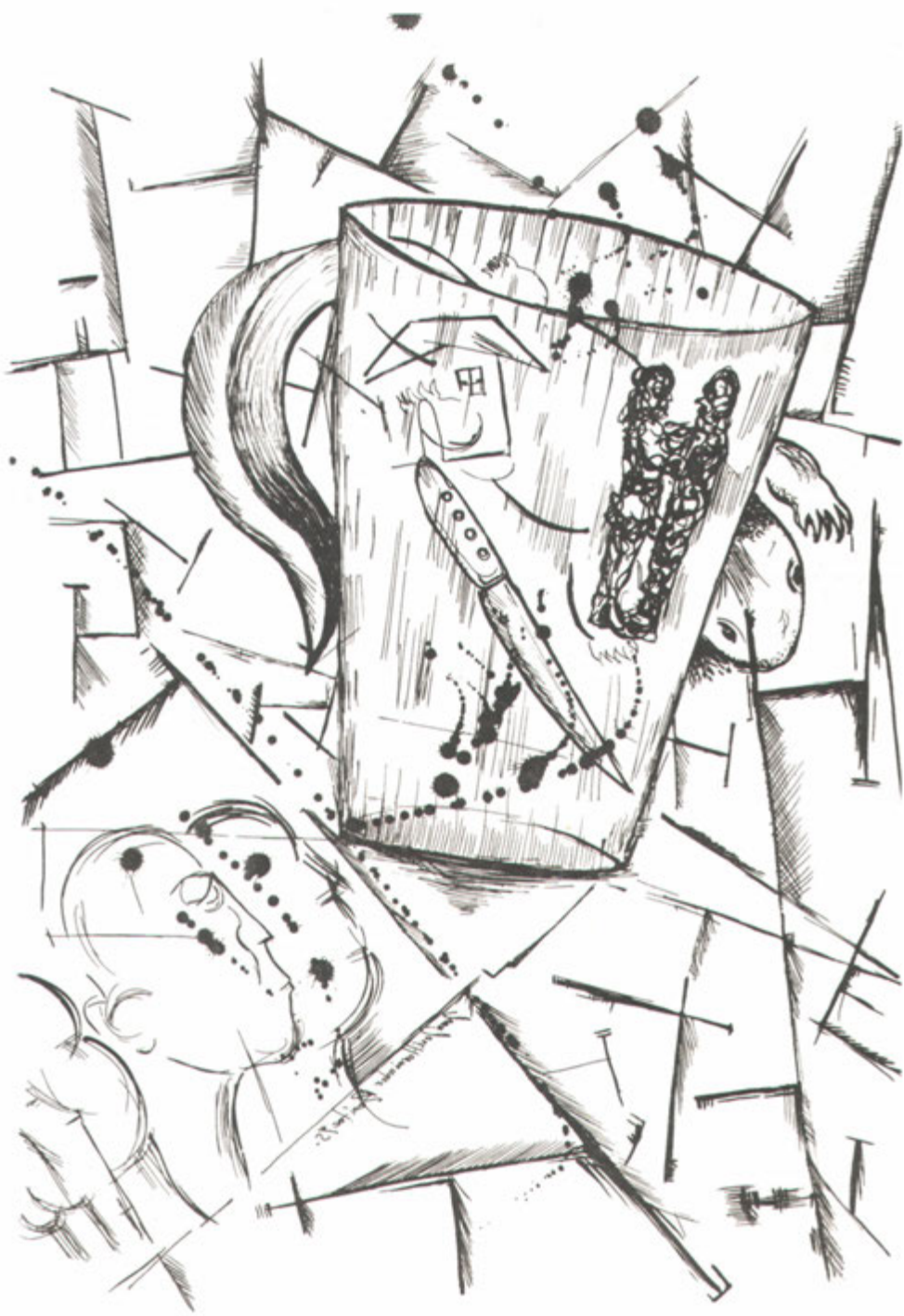
Uno a uno los charqueros pasaban, agachando la cabeza y cerrando los párpados, para que el malora de Don Dial, les estrellara el puño en su piojera; pocos aguataban, los punterazos del vejete, pues éste tenía un uñón de miedo, parecido a una piedra negra y puntiaguda, enterrada en su pulgar derecho, que al caer sobre los cráneos, se asemejaba al aguijón de una abeja, por el dolor que producía. Poco a poco la fila era menguada; algunos declinaban en su empeño antes de ser aguijoneados, cuando miraban cómo, los que ya habían sido coqueados, se retorcían en la acera bajo la mirada de placer de aquél decrepito verdugo.

El chicharronero, sin remordimiento alguno seguía machacando las pelusas de los escuincles, hasta que le tocaba su turno al Ajolote, Don Dial cambiaba la expresión, pues conocía bien la resistencia del chamaco. Tomaba vuelo y ya con suficiente impulso, sorrajaba su uña negra sobre las liendres del flacucho; éste sólo apretaba los dientes esperando el siguiente coscorrón, entonces el chicharronero agarraba más vuelo y como si fuera un enjambre de abejas, le soltaba simultáneamente seis piquetes más, y el mugroso, ¡como si nada! Los demás le echaban porras al Ajolote y éste se engrería al escucharlos, cosa que molestaba mucho al vejete, pensando que se reían de él. El chicharronero se erguía sobre el huacal para que el golpe cayera con fuerza en la tatema del Ajolote, y, con la expectativa en su punto, ¡zaz! caía el marrazo y el niño como si nada. La euforia de los pingos era total y el Ajolote en su imaginación se creía el vengador descalzo, que derrotaba a la temible momia chicharronera, azote de los niños de los llanos.

—Ahí que muera— decía el chicharronero, aceptando que con la piedra del chamagoso no podía—, agarra los que quieras y ya déjame vender, ni siquiera he podido reponer los cueros que te comes.

Acercándose al canasto, el Ajolote afianzaba varios chicharrones, los demás niños intentaban quitárselos, pero el jiotudo se les escabullía y echaba a correr hasta su cantón, para compartir el premio con sus carnales; que hambrientos, al verlo llegar, le arrebataban los chicharrones y a grandes bocados los comían.

El Ajolote, al verlos, se envanecía y amarrándose un cacho de cobija al cuello, a modo de capa, con un pedazo de escoba en la mano izquierda, y trepado en una silla lanzaba su grito de batalla: ¡chile, tortilla, frijoles, chin-chin pa' todos los cabrones! Pues sabía que ningunas uñas negras, ni tampoco verdugos encajosos y hambreadores, evitarían que llevara de papear a sus carnales.



el suavecito

La terminal se encontraba abarrotada y los murmullos de los beodos, invadían los oídos de los transeuntes en la calle. En el apartado de mujeres se dejó escuchar la voz de la Señorita.

—La verdá muchachas es que yo ni a señorita llevo. Ese apodo me lo pusieron porque desde que enviudé, siempre estoy de luto y con mi chuchito al pecho, pa' que me cuide y no me carguen los chingados diablos. Todos dicen que soy muy beata, pero ni les crean, pues yo también, como todos, he tenido mis aventuritas.

El Ajolote, sentadito en el mosaico aserrinado, para ba oreja mientras su jefa y la Picochulo atendían la confe-

sión de la Señorita a la par que bebían un rico *caldo de oso* curado con alfalfa y limón. El Ajolote, masticaba en su chimuela barrilitos de anís, obsequio del jicarero por cada tanda de pulmón que consumían las mujeres.

—Sí muchachas, yo también he tenido mis aventuras. Pero sólo un hombre ha ocupado mi corazón.

A la Señorita se le quebró la voz y sus ojeras se encharcaron. La jefa del Ajolote la consoló.

—Ya manita no te agüites. Anda bebe tu pulquito pa' que no se te seque el gáznate y síguenos contando.

—¡Si niña, dinos tus penas pa' que no te las tragues tú solita!

Le dijo la Picochulo palmeándole la espalda. La Señorita apartándose el lloro con la mano, continuó sus cuitas.

—Vivíamos allá en la colonia Aurora, en un terreno que nos agarramos con los *paracaidistas*. Él era muy bueno conmigo. Teníamos un jacalito que fincó para mí: "Ándele mi Rosita, mire nomás que chulada de casa le estoy parando, pa' que no diga que no la quiero". Me decía brillando su diente de plata en su sonrisa. Era a todas emes conmigo. En las tardes, cuando regresaba de la *chalanéada* me llegaba con pulquito y guachiringa, dizque pa' que se me chapearan los cachetes como la Valentina.

Los domingos nos íbamos de pata de perro a dar la ronda visitando las siete casas; yendo de pulcacha en pulcacha, tomando neutle y bailando pegaditos al son de la sinfonola. Me agarraba suavcito, volando sus manos cayosas sobre mi cintura, como si no quisiera tocarme, como si yo estuviera hecha de papel de china o de alas de mariposa. Yo sentía pero si rebién bonito, como una princesa moviendo el bote con su príncipe.

Él era muy galán conmigo, por eso le puse el Suavecito, nunca me pegó y cuando un briago se quería pasar de listo conmigo, él se encabronaba y se lo ponía parejo, pues decía: "¡Aunque borrachos, a las damas se les respeta!" Así era mi Suavecito, un hombre respetuoso y gallo pa'l trompón. Yo lo quería mucho, como nunca he querido

a otro. Él era mi viejo, mi pior es nada, mi consuelo pa' las pinches penas de este charqueral. Ése, muchachas, era mi Suavecito.

La Señorita interrumpió su monólogo al instante que de sus párpados caían gruesas cascadas de llanto, las demás mujeres, absortas, esperando el desenlace de su relato, restregaban sus manos en la mesa. La Señorita, alargando el suspenso, bebió del jarro de tlachicotón para bajarse el nudo del sentimiento que no la dejaba terminar. Un borracho entró al apartado de mujeres tambaleándose y balbuciendo sus palabras:

—¡Disculpen la molestia madrecitas, pero es que ya ando bien pedo! ¡Disculpen! Y si no se enojan, quisiera de favorcito me regalen una moneda, pa' jambarme otro pulquito.

La Picochulo metió mano a su monedero y sacando una moneda se la dio al náufrago, éste apretó la moneda y agradeciendo a las mujeres salió del apartado, fue entonces que la Señorita dejando el jarro sobre la tabla, con voz grave, volvió al hilo de su pasado.

—Así era mi Suavecito, un chavo pero si bien chiro, de esos que ya hay pocos, pero me lo mataron muchachas, me lo mataron unos jijos de la chingada allá en la Perla, lo cocieron a puñaladas los desgraciados porque se quisieron pasar conmigo y mi viejo no los dejó. Los perros se echaron a la fuga y él se quedó tirado en el piso, desangrándose a borbotones. Yo me abracé a su cuerpo, me miraba como si estuviera muy cansado, como si hubiera velado durante años. Se estaba muriendo. Yo gritaba enloquecida "¡no se muera mi Suavecito, no se muera! Que si se muere después con quién voy a empujarme mis pulques." Pero mi Suavecito ya estaba en las últimas y apenas alcanzó a decirme "¡a'í le dejo el jacalito mi Rosita, pa' que no ande de arrimada y a los tres días apeste, a'í se queda usted solita pero nunca deje que nadie la maltrate, porque aunque probes también valemos!". Mi Suavecito se tragó una bocanada de aire

y apretando su cabeza sobre mi pecho, murió el pobrecito.

Las lágrimas de las tres mujeres, llovían sobre la mesa. Un largo silencio marcó la pausa a tan dramático recuerdo. La Señorita, la Picochulo y la jefa del Ajolote, sin mediar palabra, entrelazaron sus manos como signo de que el dolor nada podría hacer contra ellas. Entonces la Señorita sobreponiéndose a su amargura, levantó su jarro. Las otras briagas la imitaron y la Señorita, dirigiendo su jarro al pedazo de cielo que asomaba en el respiradero del apartado, brindó sonriente.

—¡Brindo por ustedes muchachas, que como yo, andan de pedas para no acordarse de sus penas, y por mi Suavecito que yo sé que allá en el cielo, 'orita se ha de estar echando sus pulques con San Pedro. ¡Salú, mi Suavecito!

el accidente

"Ahora si ya tengo una tumba para llorar".
(*Chachita: Nosotros los Pobres*)

Como todas las mañanas, el Ajolote y sus carnales esperaban a que su jefa regresara con el pan frió, que por unos cuantos quintos vendían en la *María Elena*; era el pan sobrante de las ventas anteriores y para no tirarlo a la basura, lo expendían en tambaches a las señitos que no podían pagar los cuernos, bizcochos, piedras enlodadas de chocolate, conchas y pastelillos recién salidos del horno, para que sus chamagosos los comieran reblande-



ciéndolos en café o en té de hojas de naranjo, que a falta de leche, les servían en el desayuno.

La jefa del Ajolote ya se había tardado más de la cuenta y las tripas de éste y sus carnales gruñían como si fueran cocodrilos. El Ajolote se desarranó para ir en busca de su jefa y apurarla por si la encontraba echando perico con alguna de las vecinas, pero apenas había dado unos cuantos pasos cuando ésta entró al jacal, pálida, con el rostro desencajado. Su 'mana al verla, le preguntó:

—¿Y 'ora que tienes, tú?

La jefa del Ajolote, temblándole los labios, le dijo:

—Mataron al hijo de Doña Imelda, lo mató un chimeco, ahí está tirado cerca de la panadería, con la cabeza destrozada.

Dicen que iba a trabajar, pero que al treparse se le atoró el pantalón en una de las llantas, y lo arrastró casi media cuadra, dejándolo mal herido, pero el chofer regresó el carro y lo remató ¡desgraciado! como uno vale menos muerto.

Pobre de Doña Imelda, está toda loca, sino le quitan al chofer, le despelleja la cara con las uñas. Rompió todititos los vidrios del chimeco, pobrecita, es lo único que puede hacer, porque de seguro el chofer con una lana sale del bote. Acuérdate de la chiapaneca, a su niño también lo mató uno de esos cafres y hasta la fecha no le han dado un sólo quinto y ni el entierro pagaron los malditos y dicen que el chofer que lo hizo, anda muy campante, mientras ella sigue peleando a ver si le dan algo los de la línea; con eso que todavía debe lo del funeral, se las está viendo pero si renegras.

El Ajolote corrió al lugar del accidente y se quedó tieso al ver el cuerpo del Quico, prensado en las llantas del chimeco. La impresión le duraría toda su infancia.



el ajolote vence a la víbora de agua

La jefa del Ajolote quemaba palmas benditas, para aullentar la granizada que caía sobre la colonia.

—¡Si no amaina el aguacero, tu Ajolote tendrá que cortale los hilos a la víbora, Delia!

Comentó su hermana. El flacucho al escucharla, le preguntó a su jefa:

—¿Qué es eso de cortarle los hilos a la víbora?

La doña, sin dejar de quemar palmas benditas, le explicó:

—Cuando la tempestad viene con mucho viento y

granizo, es que allá en las nubes Diosito formó una víbora de agua y pa' que no nos caiga otro diluvio, un angelito debe cortarle los hilos para que se vaya.

El Ajolote, después de escuchar la explicación de su jefa, salió al pasillo y mirando al cielo, buscó ver entre las nubes la víbora de agua. La granizada cada vez era más intensa y el viento doblaba los cuellos de los árboles hasta besar la tierra. En eso el Ajolote creyó ver una víbora que serpenteaba en el aire; su cabeza era una nube negra que al abrir sus fauces, dejaba caer chorros de viento y de granizo.

—¡Méndiga víbora, sino dejas de joder, te juro que el Ajolote te va a cortar los hilos para que te mueras!

Retaba el Ajolote, que para entonces volvía a ser el vengador descalzo de los llanos. Su jefa al percatarse de que las palmas benditas no menguaban la tempestad, llamó al mocoso y poniendo un cebollero entre sus manos, lo mandó al centro del aguacero, diciéndole:

—¡Ve y cortale los hilos a la víbora de agua, que quiere ahogarnos con otro diluvio!

El Ajolote, empuñando el cebollero como *Mai Thor*, antes de partir a la batalla, juró a su jefa pelear perrunamente por ella y sus carnales, hasta vencer al monstruo que azotaba los jacales en el llano.

En medio del aguacero, tazajeando el aire en forma de cruz, fue cortando uno a uno los hilos de la víbora, hasta que la tempestad paró por completo. Así una vez más, el arrojo del vengador descalzo de los llanos, salvaba a su jefa y a sus carnales, del peligro inminente que se sernía sobre sus vidas.

marciano

Cuando se lo enchufó Macario, el Ajolote estaba tras las macetas viendo cómo se retorcían las lombrices en el lodo. Al oír sus lloriqueos, que se asoma para ver lo que pasaba. Macario lo tenía sobre sus piernas apretándole con una de sus manazas la panza y con la otra, quitándole el pantalón.

—¡Estate quieto! Le gritaba. Marciano se revolvía desesperado tratando de zafarse, pero Macario, como era bien fuerte y bien mula, de un zapopaso lo puso calmo y ya tranquilito, que se lo mete a Marciano. Éste soltó un chillido al sentir el piquete, que el bruto apagó tapándole la boca. El Ajolote, no hacía ruido, observando a tra-



vés de las pencas de sávila y cuidándose de que Macario no lo ojeara, porque si lo hubiera hecho, ahorita andaría todo charro jugando a las muñequitas.

Al parecer, Macario estaba muy caliente, pues a cada empujón que prodigaba, babeaba como un cuchi. Al Ajolote se le revolvió el estómago y más cuando Macario, quitando su manaza de la boca de Marciano le acomodó un beso. El Ajolote se puso a vomitar. Macario al escuchar sus guácaras aventó a Marciano al suelo, y rojo de ira se avalanzó sobre el Ajolote y ya lo iba a tundir a golpes, cuando la voz de su jefa resonó en la calle. Macario al ver colgado fuera de su bragueta el pito, se lo guardó apresurado, amenazando al charal:

—¡Si rajas con la jefa, te rompo el hocico!

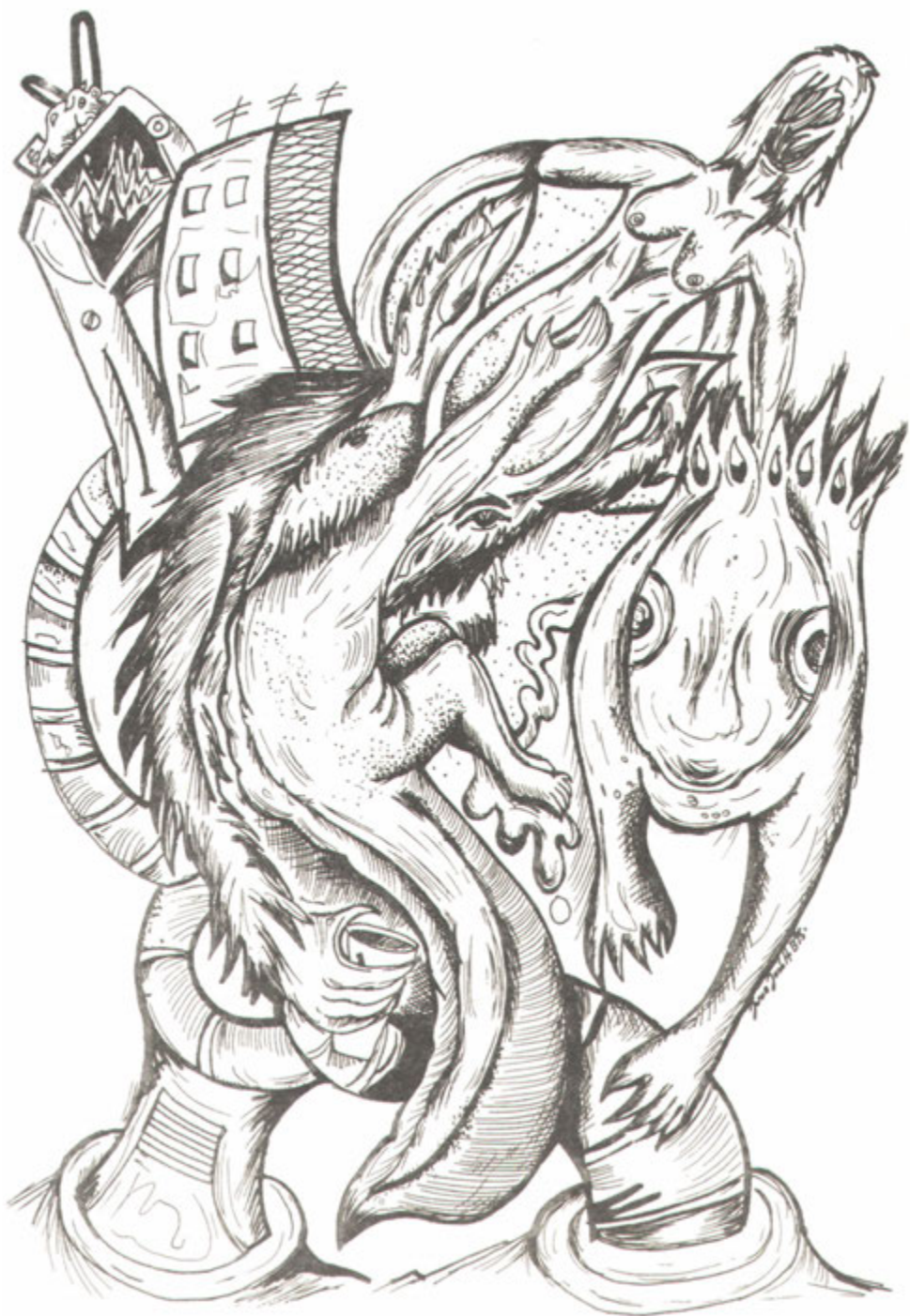
El Ajolote giró sobre su eje y sin decirle nada, se fue a vomitar al baño. Su jefa no se dio cuenta de lo que había pasado, porque cuando Macario aventó a Marciano, éste se subió rápidamente los pantalones y se escondió tras las macetas. Ahí lo encontró el Ajolote muy quitado de la pena, recogiendo lombrices en el lodo, sobándose el culo para calmar el ardor que le había dejado Macario.

—¡Si serás puto! —le recriminó airado el Ajolote—
¿Por qué dejaste que te parchara Macario? ¡Anda ve y dícelo a mi jefa para que se lo chingue!

Y Marciano sin dejar de sobarse el trasero, le contestó:

—Mira, Ajolote, ni creas que voy a ir de rajón con tu jefa para que se surta a Macario, si quieres hazlo tú que al fin de cuentas ni te importa.

El Ajolote ante la respuesta de Marciano, agarró una lombriz del lodo y se fue con ella a jugar a otro lado, pensando en que la vida aún le deparaba cosas que entender.



el diputado se llevó hasta el chicharrón

El festival para recibir al diputado, se preparó con mucho esmero. Bailables regionales, un trío de boleristas, payasos, una escolta y un contingente de edecanes con las muchachas más bonitas de la colonia. Se pintaron las fachadas de las casas y se adornaron con flores multicolores picadas con papel de china, y de las arcas de la organización se agarró para agasajarlo con una comilona marca diablo: chicharrón, nopales, barbacoa y una variedad de bocadillos, que los colonos prepararían para el día en que llegara el H. diputado. ¡Ah! y para bajar el

taco: refrescos, aguas de fruta, tequila y un pulquito curado de jitomate por si lo pedía el líder. La cosa iba en serio, no se escatimaban recursos y esfuerzos, todo con el afán de dejar contento al mesías, que les había otorgado un terreno para fincarse una casita, aunque claro está, con módicos pagos mensuales, que el mismo diputado cobraba, yendo de terreno en terreno, montado en su *wayin*, abriendo y cerrando la ventanilla a cada aportación de los deudores.

La calle estaba de plácemes, toda la semana se llevaron a cabo los preparativos. Un día antes se emparejó el lugar escogido para el recibimiento; con carretillas, decenas de hombres acarreaban tierra de los camellones y rellenaban con ella los hoyos y zonas pedregozas de la cuadra, otros esparcían la tierra con palas y con pizones la aplanaban. Lo que no hicieron en todo el tiempo que tenían viviendo ahí; en unas cuantas horas la calle quedó mejor que si la hubieran pavimentado, para que las llantas del auto del parlamentario, no se dañaran al pasar.

El mero día del guateque, desde temprana hora, una brigada de colonos, se dio cita para ultimar detalles. A las diez de la mañana ya estaban listas las mesas, cubiertas con blanquísimos manteles y adornadas con jarrones retacados de flores frescas y olorosas. Las sillas las prestó un peluquero que quería quedar bien con el diputado, para que le hiciera la balona de reglamentarle de oquis su negocio. Mandó las mejores sillas que tenía, para que se aplastara el licenciado; alguien en broma le sugirió que si de veras quería lisonjear al *lic*, prestara su sillón de pelar, pues ese sí que era cómodo y no maltrataría las delicadas nalgas del líder. El peluquero como quería ganárselo a toda costa, empezó a desmontarlo y lo hubiera hecho si no es porque el bromista, se retractó riéndose a carcajadas.

A las once de la mañana ya estaba todo listo para recibir al diputado: la escolta, los payasos, el chicharrón,

los nopalitos, los refrescos, el tequila y el pulquito; la música y el grupo de edecanes elegantemente ataviadas con minifaldas y blusas ligerísimas, que dejaban notar sus formas; aunque populares, las chamacas se veían excitantes y con ganas de empulcarlas y podérselas fajar un rato. ¡Ah! faltaban las tortillas, pero esas se traerían al último, cuando el *dip* terminara su discurso e invitara a sus acompañantes a comer, así se las jambarían calientitas.

A las dos de la tarde llegó el diputado, el calor pegaba con tubo y una de las de la escolta se desvaneció víctima de la insolación. A los payasos, el sudor les estaba despintando el rostro, los bailarines y bailarinas se veían molestos, los músicos, aburridos, pulsaban sus guitarras. Los organizadores del evento y los colonos ya estaban impacientes, pero se alegraron cuando vieron arribar al diputado y comenzaron los vivas y las porras. Quién sabe de dónde alguien sacó una matraca que tronaba más fuerte que un aguacero.

Toda la concurrencia se regocijó: aplausos y saludos acompañaban el paso del diputado, el trío improvisó una fanfarria desafinada. El diputado iba franqueado por su esposa y cuatro funcionarios del gobierno. De inmediato fueron acomodados en la mesa de honor.

El diputado por supuesto, ocupó la silla central, y cuando estuvieron ya instalados, uno de los organizadores ordenó que diera inicio el festival; la escolta se formó frente al estrado y ya iban a dar inicio los honores a la bandera, cuando, poniéndose de pie, el diputado dijo unas cuantas frases y se retiró seguido de su comitiva. Todos se quedaron perplejos y si no es por la esposa del diputado, —que regresó acompañada por cuatro de sus achichincles, quienes ni tardos ni perezosos, cargaron con los chicharrones, los nopales, la barbacoa, los refrescos, el tequila, el pulque, metiéndolos a sus carros —se hubieran quedado así. Pero reaccionaron tarde porque el diputado arrasó con todo y en menos de que canta un

gallo se esfumó por donde había llegado, dejando a los colonos como viles güeyes.

En eso el Ajolote, que quién sabe de dónde salió, al darse cuenta de lo ocurrido, dijo sarcásticamente:

—¿Ya ven, güeyes, pa' quién trabajan?

el hermano José

Antes de ser pastor, el hermano José era un borracho impertinente, el cual gustaba de matar ratas a altas horas de la noche con su cuarenta y cinco escuadra, cuando el alcohol hacía estragos en su cerebro. Pero el Ajolote hubiera preferido la tronadera de la fusca a los cánticos evangelizadores, que de madrugada y a todo volumen ponía el religioso, para jalar almas a su templo y exorcisarles el chamuco. La de mentadas de *moder* que recibía el hermano José; las del Ajolote, por haberlo despertado justo cuando su calenturienta fantasía lo transportaba por sueños depravados, donde Lola y Susana —tras de las macetas de su chante— se dejaban agarrar la rajadita.



El Ajolote se introdujo los dedos hasta el tímpano de las orejas para no oír los cánticos evangelizadores, que reproducían las bocinas, colgadas en la punta de la casa del hermano José y que daban justo a su *jaus*; pero ni tapándose los oídos con los pulgares, logró menguar la estridencia de las trompetas, para continuar soñando que les sobaba la rajadita a Lola y a Susana. Era tal el escándalo que enojado se incorporó y trepándose al techo de su jacal, acribilló a pedradas las bocinas. El hermano José, al darse cuenta de lo que hacía el mocoso, salió a reclamarle y en respuesta el Ajolote le soltó una pedrada en plena cholla. El pastor frotándose la chirimoya, se plantó frente al jacal del charal y dando tremendos golpes en la puerta, esperó a que saliera la jefa de éste para acusarlo, y como ya era costumbre —siempre que lo hacía repelar— pedirle lo dejara ir a su templo para encauzarlo por el camino del bien y alejarlo del pecado: “porque su hijo es buena gente —le decía a la jefa del Ajolote—, pero satanás está posesionado de su alma, déjelo que vaya al templo para que se aleje el mal espíritu de él, porque si no cuando llegue el fin del mundo, se va usted a arrepentir de que su Ajolote no entre en la gloria eterna”.

La jefa del Ajolote lo escuchaba con atención, pero siempre le ponía un estate quieto a sus proposiciones: “Mire don José, aquí en esta casa todos semos cristianos y no protestantes como usted, que ya ni en la Virgencita de Guadalupe cree. Le pido que ya no se ande de preocupón por salvar el alma de mi’jo, al que ahorita voy a darle sus reatazos, pa’ que aprenda a no andar de malora: ¡Buenos días!”.

Le daba con la puerta en las narices, porque al hermano José no sólo se lo traía en salsa el Ajolote, sino todo el vecindario, ya que según se rumoraba que lo que estaba haciendo iba en contra de Chuchito y del Santo Papa, además, el padrecito ya les había advertido, que todo aquel que le hiciera caso se condenaría y que cuando un protestante los fuera a provocar invitándolos a su

adoratorio, lo mandaran al carajo: "Porque ellos no creen en nuestros santitos —arengaba el párroco—, ni en nuestra Santa Madre de Guadalupe, además están financiados por los gringos, quienes quieren llevarse nuestro petróleo. Estos evangelistas son unos renegados de la santa sede y quienes se conviertan a ellos cometen un gran pecado capital y serán traidores de la fe cristiana". Decía el padre en sus misas, pero el hermano José no se quedaba atrás y también le atizaba duro a los católicos: "En la iglesia católica nada más nos quitan nuestros centavos y nadie de los que se dicen cristianos, siguen la Biblia como nosotros lo hacemos. Muchos golpes de pecho y después se andan peleando entre ellos. Yo antes, como muchos de ustedes hermanos, iba a misa todos los domingos, le recé a todos los santos y ninguno me ayudó a encontrarme, pero ahora que Jehová está conmigo, satanás se ha alejado de mi vida, aleluya porque ahora soy un hombre nuevo, hermanos".

—¡Alabado sea Jehová!

Coreaban regocijados sus feligreses, con las manos extendidas y cantando alabanzas, acompañados con guitarras y panderos.

Fue un día en que el Ajolote se volvió petróleo, pero nada más para cabulearse al Negro, quien a pesar de las friegas de sus jefes, no dejaba el chemo ni la mona.

—¿Tienes una peseta que me alivianes, Ajolote?

—¡No mi Negro, ando erizo! ¿Y pa' qué quieres la peseta?

—Pos pa' lo que ya sabes, cabrón.

—Pa' tu chemo ¿verdá?

—¡Hojas petra!

—¿Y qué sientes cuando le pones a la estopa, Negro?

—¡Pues bien chiro, ñero!

Pero el Ajolote sabía que no era así, porque en varias ocasiones se había encontrado al Negro arañando

las paredes de la cuadra, dizque para fugarse de los monjes descarnados que lo perseguían para llevarlo al infierno. Por tanto chuparle al chemo, el Negro sufría de *delirium tremens* y se echaba a correr como un perro con ataques por toda la colonia y a veces había que acicalarlo para evitar que lo atropellara un chimeco. Se ponía muy loco y más cuando por el pazón de *thinner* alucinaba que la huesuda lo correteaba, para según él, llevárselo a su cripta.

—¿Qué traes en esa botella, cambujo?

—Petróleo pa' la jefa.

—¿Y qué nunca te has puesto tus pazones con él?

—¡No manches pinche Ajolote!

—Que tal si le ponemos pa' probar qué se siente.

—No es mala la onda, pero...

—¿Quieres ponerte o no?

—¡Cincho pero no con esta madre!

—¿A poco te me vas a poner delicada? ¡A ver presta la botella!

Y fijándose la botella entre los labios y la nariz, el Ajolote comenzó a inhalar hasta ver puntitos de colores y una intensa risa se le metió en el estómago. Ya bien juído el Ajolote se incorporó, sin decir nada al Negro, agarró una roca y dirigiéndose al templo evangelista, la sorrajó en los cristales de la puerta, haciendo chuzas con las lámparas y con la tatema de uno de los hermanos, que a esa hora se encontraba en el recinto, repasando la Biblia. El feligrés, atarantado por el golpe, salió a la calle a ver quién lo había apedreado, descubriendo al Ajolote parado a media cuadra con los ojos desorbitados. Rápidamente se volvió al recinto, saliendo nuevamente acompañado del hermano José. El Ajolote al verlos salir se esfumó a su chante y los evangelistas tras él. La puerta del jacal del Ajolote estaba abierta y su jefa al verlo entrar corriendo, le preguntó lo que le ocurría, el Ajolote cuatrapeando la lengua, le contestó:

—¡Escóndete que hay viene Jehová con su rebaño!
Cuando la jefa del mugroso oyó los toquidos del her-

mano José en la puerta salió a ver qué pasaba. Al verla, el hermano José, con el gesto adusto, le reclamó:

—Mire, Doña Gude, su hijo me rompió los cristales y las lámparas del templo, y además golpeó a este hermano con una piedra, si no lo castiga, me perdona pero voy a tener que acusarlo con la policía.

Una vez hecho su reclamo, el pastor se retiró seguido de su acompañante. La jefa del Ajolote, enojada, tomó un palo y llamando al chinguiñoso, le asestó un palazo por el lomo, ordenándole encolerizada fuera a pagar los destrozos que había causado, y que se rascara con sus propias uñas, porque ella no iba a solapararlo. Y si don José lo metía al bote, bien hecho a ver si así escarmenataba y se le quitaba lo malora. El Ajolote tuvo que hacer lo que le ordenara su jefa, pues conociendo su carácter seguro cumpliría la promesa.

A la hora del culto, el Ajolote y su broza se metieron a molestar a los evangelistas. Desde el atrio, el hermano José los miraba severamente, sin dejar de officiar la misa. Los brozéros se regaron en las bancas y, cuando entraron en trance los protestantes, comenzaron a coquearlos. Nadie les recriminó y éstos abusando de ello, arreciaron la coquisa. El hermano José se salió de sus casillas y abordando al Ajolote, lo retó:

—Mira Ajolote, si quieres quedarte a recibir al señor, puedes hacerlo nadie te lo impide, pero si no, vete mucho a la chingada con tus amigos por donde entraste, antes de que los saquemos a patadas.

El enfrentamiento entre el Ajolote, su broza y los evangelistas duró años; de nada sirvieron las súplicas y los rezos de éstos para arrancarlos de las garras del mal. De nada sirvieron las tamalizas y las comilonas que preparaban para reconciliarse con el Ajolote y la bola de muchachos pecadores, hasta que una vez uno de los evangelistas, quien en su juventud había sido campeón de los guantes de oro, los retó a aventarse un tiro para

sanjar de una vez por todas las rencillas. Se realizó el encuentro y uno a uno fueron cayendo bajo los golpes del exboxeador que, aunque viejo, pegaba como patada de mula.

El Ajolote y su broza tuvieron que reconocer que ante tan buen púgil no podían y a partir de aquel duelo "entre caballeros", como les dijo el exboxeador antes de pelear, nunca más se volvieron a meter con los evangelistas, quienes con el tiempo se esfumaron de la cuadra, sin que el Ajolote volviera a saber de los exorcismos con aceite de olivo que practicaba a sus fieles, el hermano José.



los piojos

El Ajolote jugaba quitado de la pena al burro entamalado, cuando la Mocososa comenzó a gritar:

—¡El Ajolote tiene piojos, el Ajolote tiene piojos! ¡Mírenlos están en su camisa!

Todos se acercaron a ver lo que rajaba la Mocososa, rodeando al Ajolote, que avergonzado agarró uno de los pipis y lo masticó. Los escolares se quedaron atónitos retrocediendo algunos pasos para evitar ser contagiados, sólo el Gori se atrevió a acercársele, pero nada más para cabulearlo:

—¡Chinche Ajolote pero si estás rebién piojoso! Chale, mira nomás cuantas liendres tienes, yo pensé que

tenías caspa, pero no mano, ¿estás hirviendo en piojos! ¡Me caí que si te vicentea el Pingüino, cincho que te saca a reglazos de la escuela! Si quieres vámonos pa' trás de los baños y ahí te prendo con un cerillo la tatemala para que pelen patas. Tú dices mi Ajolotito ¿zaz?

El Ajolote, encolerizado, se avalanzó sobre el Gori, tundiéndolo a golpes. El Gori al sentir los guamazos bramó:

—¡Quítenmelo, quítenmelo, que me va a empiojar!

El director al ver la pelea corrió hacia ellos. Los otros niños dándose cuenta se dispersaron por el patio, gritando empavorecidos:

—¡El Pingüino, hay viene el Pingüino!

La Mocosa lo esperó y ya que lo tuvo cerca, soltó la lengua:

—¡El Ajolote fue el que inició el pleito señor director, nomás porque el Gori le dijo que tenía piojos y eso es cierto señor, yo se los vi caminando en la camisa.

El Pingüino, separó a los niños y se los llevó jalándoles las patillas hasta la dirección. Y como había dicho el Gori, el Pingüino sacó a reglazos de la escuela al Ajolote, prohibiéndole regresar a ella, hasta que desempiojara su greñero. Éste tardó una semana en regresar a clases, con la cabeza rapada a la casquete ojito.

—¡Quiubole pinche Ajolote, que milanesas que no te bisteces yo creía que ya morongas! ¿Pues cuándo te soltaron, ñero?

Le preguntó el Gori olvidándose de la catiza, que le había propinado el costroso. El Ajolote se le quedó viendo feo y ya lo iba a descontar, cuando en eso pasó cerca de ellos la Mocosa comiéndose un chamoy. El escuinle le tapó el paso. La Mocosa al verlo, del susto, regó el chamoy sobre su sueter.

—¿Qué onda pinche Mocosa? ¿Qué, 'ora no vas a gritar que tengo piojos?

La Mocosa se quedó muda y palideció por completo, vengativo como era el chamagoso, no se compadeció de

ella y, metiendo una mano a su bolsillo, sacó un frasco y se lo mostró, ésta peló los ojos al ver el contenido del recipiente. El Ajolote gozó al verla sufrir y antes de consumir su venganza, dijo:

—¡Ándale pinche Mocososa, para que sientas y ya no andes de chimolera, balconeando a los cuais; por tu culpa el Pingüino me lanzó a reglazos de la escuela y mi jefa me tuvo cinco días a manteca y dedeté para que se me murieran los vampiros. Pero como vez, no todos felparon y te guardé unos para que se columpien en tus trencitas. ¡Qué retearto gusto le va a dar al Pingüino cuando te los vea, me cai que no te la vas a acabar: ¡Toma pinche Mocososa, a ver si así se te quita lo rajona!



la sombra del mercado

La avenida se encontraba desierta, sólo el parpadeo de los focos en las marquesinas iluminaban la noche. El Ajolote salió huyendo del tibiri; los Petroleros se habían bronqueado con la broza de los Bucaneros, cerca de las vecindades llamadas los *apandos*. El Ajolote se desafanó *ipso facto*, antes que algún fierro le vaciara las tripitas.

Sofocado por la carrera, se detuvo ante la disyuntiva del camino: "Si me lanzo por la México, segurolas me topan los de las Quince Letras y de una zapatiza no me escapo. Ora, si me voy por la Guerrero, a media cuadra los del Escuadrón Suicida me dan mis zapopazos ¡chale! me cai que la onda está regruesa, no me queda otra que

lanzarme por la Neza, ahí por lo menos hay luz y derecho a mi choza antes que me apañe una perrera". Se dijo el Ajolote metiéndole a sus pezuñas.

Caminó unos cuantos metros por los pasillos del mercado, pero al escuchar un ruido se paró en seco y apretando los nudillos huesudos, emuló a *Ultramán*. Pasaron varios segundos los que al Ajolote le parecieron una eternidad; tenso, brincó de susto cuando de entre un montón de basura, un par de ratas saltó pasando bajo sus patas para meterse dentro de un hoyo en el piso.

Bajado el susto, el Ajolote respiró aliviado y olvidándose de *Ultramán*, siguió su rumbo. Al llegar a la calle Matamoros, una voz venida de la oscuridad lo clavó a la tierra:

—¡Párate ñero y no hagas panchos porque te ensarto!

Al Ajolote se le treparon los tanates al cogote y se entumió todito. De las sombras, una especie de hombre-lodo se alzó imponente frente a él, blandiendo un largo filo.

—¡Sacarraca lo que tengas y no te pases de chori-zo porque te enferro!

El Ajolote se dejó basculear, sin mover un sólo músculo.

Días atrás, alguien le había comentado que en los pasillos del mercado, merodeaba una sombra que a altas horas de la noche trasquilaba a los trasnochados, eran tan rápidos sus robos, que por más rondines que hacían los veladores, no lograban atraparla: "A la mejor es el diablo, porque por muy chingón que sea ya lo hubiéramos apañado". Comentaban los veladores a los locatarios del mercado.

Era un tipo famélico y sucio que hedía a sebo, su greñero le cubría el rostro y de su boca emanaba un aliento mezcla a caño y pulque fermentado.

—¡Putá madre, no trais nada, ni modo ya te llevó la chingada!

El Ajolote al escuchar su sentencia de muerte, sintió que se cagaba y quiso huir, pero el miedo lo había paralizado por completo. La sombra lo afianzó de los cabellos y lo azotó contra uno de los puestos. Al Ajolote se le desgarró la vida y la humedad comenzó a invadir su pantalón. La sombra, sin parar de maldecirlo, le sorrajó un rodillaso en los güevos, se dobló chillando de dolor y la sombra, jalándolo de las greñas, lo volvió a levantar. En ese instante el Ajolote lo reconoció y ya cuando el fierro hería el aire, el chamagoso gritó su nombre:

—¡San Martín!

Al escucharlo, la sombra detuvo la embestida de su fierro y agrandando su mirada, urgó el rostro del Ajolote, aprovechando éste la ocasión para recordarle y así poder salvar la vida:

—¿Qué no me das tinta, San Martín? ¡Soy el Ajolote, íbamos juntos a la primaria!

La sombra lo volvió a husmear, parecía una fiera olfateando a su presa y al reconocerlo, aulló:

—¡Pues anúnciate ñero, por poco y te ensarto!

El San Martín guardó entre sus ropas la punta y sentándose en el suelo se restregó la cara. El Ajolote sobrepuesto del susto, lo interrogó:

—¿Pos en dónde te habías clavado pinche San Martín?

El San Martín sacó una botella de sus botas y se la empinó, le dio un largo trago y saciada su sed, contestó:

—¡Pues por ahí vagando como un perro! Unas en el tambo y otras en el chemo, sin que nadie me dé la viada. Ya hasta me había olvidado de cómo me llamo y si no es por tí, me cai que no vuelvo a saber ni quien soy. ¿Y tú cábula que has hecho? ¿En que la giras?

—¡Pues ahí penando como todos!

—Me cai que sí, bato, porque yo desde que dejé la escuela, me la he pasado de a solapa, viendo pasar la vidurria y a los cuais, que cuando estoy bien persa besando la banqueta, como si ni me conocieran, ¡creen que

yo ni me doy color! pero sí y como 'orita pasó contigo, le he dado la viada a dos que tres, por que me cai que yo sí tengo alma. Pero para todos en la colonia no soy más que un pinche perro, al que cualquier día se lo lleva la pelona y ¿quién fue? pues, quién sabe y del San Martín todos dirán: "¡Pobre cuate, pero que bueno que felpó! Así dirán, sin pensar que el San Martín puede ser cualquiera del barrio.

El Ajolote guardó silencio.

la mano peluda

Los gritos de la Mocososa interrumpieron la clase del Cascarrabias y éste salió apresurado a ver qué le ocurría. Todos en el salón se parapetaron en las ventanas para enterarse del porqué de los alaridos de la Mocososa, pero sólo lograron ver cómo el Cascarrabias se la llevaba a la dirección. Al rato, el mairo regresó al salón y, sin comentar nada, continuó su clase. Terminada la clase, preguntó por el Ajolote, que ya tenía más de media hora que había pedido permiso para ir al baño y mandó al Gori para que fuera a ver si se había caído a la taza o qué. El Gori se levantó para cumplir la orden del maestro, cuando, muy quitado de la pena, azotando la puerta, y sin pedir permi-



so para entrar, el Ajolote se arrancó en su sitio. El profe al ver su desfachatés, le ordenó dirigirse a donde él se encontraba. El Ajolote obedeció, y una vez cerca, el Casca-rabias lo levantó de las patillas y con el borrador le propi- nó tremendos golpes por el lomo, que lo hicieron rebuz- nar. El Gori y el Dientes de mazorca esbosaron una risita, y al darse cuenta el Ajolote, los amenazó con los ojos volviendo a su lugar.

A la hora del recreo, el rumor de que a la Mocosa se le había aparecido en el baño la mano peluda, ya se sa- bía por toda la escuela y a varios escolapios les ganó la chis en los pantalones, por temor a encontrársela.

Al otro día, la jefa de la Mocosa acudió a la escuela, acompañada de un grupo de beatas de la iglesia Cristo Rey, que metiéndose a los baños rezaron y regaron agua bendita por todos los excusados, para que se fuera el diablo. Pero ni así se fue, porque pasados los días salió el Gori de éstos con los pantalones y los calzones en los tobillos, ululando como un loco.

—¡La mano peluda, la mano peluda!

Chillaba aterrado, esta vez el Pingüino, el Cascarra- bias y un grupo de maestros y alumnos, con palos y con piedras se introdujeron a los excusados, para buscar a la mano peluda y acabar con ella de una vez por todas. Urganon en todos los rincones y al no encontrarla, salie- ron, menos el Dientes de mazorca que se había metido a buscarla, entre los muros que dividían los baños de las niñas del de los niños y cuando éste iba a dar el pitazo para que todos supieran quién era la mano peluda, un trancazo en la jeta lo calló. Desde entonces las manos peludas se multiplicaron, pero se rumoreaba que entre el Gori, el Ajolote y el Dientes de mazorca, se encontraba la verdadera.



matilde cierta vez

En la esquina de la cuadra, vivía Matilde, amiga del Ajolote. Cierta tarde a la adolescente se le ocurrió que jugaran a la enferma y al doctor y como le concedió ser el galeno, le propuso que le recetara unas inyecciones.

Matilde se levantó el vestido y quitándose los calzones, liberó sus posaderas. El Ajolote al verlas se ruborizó y sus once años se le abultaron en el pantalón.

—¡Acérquese y póngame la inyección, doctor!

Suplicó la enferma. El flacucho ante la petición se quedó tieso y ésta para sacarlo de su perplejidad, le gritó:

—¡Que me ponga la inyección doctor, no ve que estoy muy enferma!

En la calle se escuchaban voces de niños divirtiéndose en otros solazamientos, mientras Matilde y el Ajolote ascendían cada vez más al clímax de su regodeo.

—¡Antes que me inyecte, suavícemelas con sus manos, doctor!

Ya metido en su papel, el mocoso comenzó a alisarle las nalgas y su emoción se tensó aun más y, a pesar de su edad, una sensación de placer lo invadió, mientras la paciente retozaba en la cama. Afuera, a los niños se les oía balar:

—¡Hay que jugar a las escondidillas!

—¡Sí, sí, pero que Toño sea el buscón!

Sin dejar de frotar, el Ajolote le preguntó a Matilde si ya dejaba de suavizarle.

—¡Usted es el que sabe, si cree que ya estoy lista, pues inyécteme doctor!

El infante apartó sus manos y cuando ya estaba a punto de inyectarla se percató de que le hacía falta la jeringa:

—¿Y con qué te voy a picar si no tengo aguja?

Preguntó azorado. La imberbe, volteó hacia él y señalándole a su entrepierna, dijo:

—¿Y esa jeringa que tiene entre las piernas, doctor? Ándele inyécteme y cúreme de una vez.

Boca arriba, la muchacha se safó el vestido y se quitó el brasier; sus pequeños senos, tenían un color distinto al resto de su carne. Ya metido en el juego por completo y comprendiendo las verdaderas intenciones de Matilde, el Ajolote se bajó el pantalón dejando ver con soltura el instrumento que complacería a su amiga, quien desde la cama musitaba:

—Ándele doctor, súbase y métame la inyección, que me estoy poniendo grave.

El chimuelo, sin pensarlo más, se trepó en ella e introdujo su jeringa, y como todo buen galeno, la operación tuvo éxito.

Incorporándose de la cama, Matilde alisó su pelo relajadamente, mientras el Ajolote, con una sonrisa de oreja a oreja, disfrutaba su fantasía. Así se lo pasó un rato, hasta que la adolescente interrumpió sus sueños:

—Debemos de jugar más seguido, ya somos novios.

—¡Está bien!

Respondió el flacucho.

otros relatos...

encuentros

Los muros de la ciudad amanecieron grafitiados por desconocidos: "Mueran los antros de vicio", se leía en las pintas, entonces pensé: "Cuanto escritor frustrado van a dejar sin lonchatas ni burdeles y los padrotes y los rasca tripas y las madrotas y cantineros ¿de qué van a vivir? Saqué un *Delicado* de la cajetilla, lo humedecí con saliva, ya mojado, lo incrusté en mi boca. Un borrachín del Escuadrón Suicida se pegó a mi paso y tembloroso, pidió que le obsequiara uno:

—Aunque sea la bachita, es para matar el frío jefecito.

Se lo di.

—Que sea el favor completo, si no es mucha molestia.

Raspé el fósforo y le acerqué el fuego, el individuo chupó el pitillo y ya encendido, le dio tres fumadas largas, con tanta ansiedad que se llevó medio tabiro.

—¡Gracias, a'i con lo que guste cooperar pa' la guama.

No le di nada y seguí mi camino. Todas las paredes, puertas y cortinas de los negocios que encontré a mi paso, estaban rayoneadas unas por las bandas y otras por peregrinos anónimos que en un arranque de soledad, le escribieron a la noche sus desvaríos, con el deseo de tragarse el silencio y escupirlo en frases conmovedoras y llenas de resentimiento; pedazos de alma hastiada de tanta filosofía engañosa e hipócrita: "Son más bellos los sueños de los locos que los del hombre sabio", pensé, sintiéndome el garabatero paranoico con corazón de luna.

El *Delicado* se transformó en chicharra y lo expulsé de mis labios, rodando por la acera como una luciérnaga moribunda, se apagó.

La avenida estaba llena de corredores. Una corredora se derretía en torrentes de sudor: "Ésta, en un mes se esfuma", ironicé entre dientes. La corredora se me quedó viendo sin dejar de correr y yo le solté una risita cínica. Se alejó, batiendo exageradamente las nalgas por el caminito de árboles semipelones y yo pensé: "Con ese agitar de culo va a trastumbar el aire" y me volví a reír. El pitazo de un *Valiant* me sacó de mi alucine y lo torie para que no me arrollara, el conductor del carro me siseó encolerizado:

—¡Agujeta cabrón por eso los matan!

Le lance sus cremas y que me planto muy machín retándolo a ponerse una catiza conmigo. El ojaldra aceleró el automóvil y me la mentó. Encabronado por la recordada, zanqué el asfalto para alcanzarlo y darle una

madriza, pero el muy jijo se escapó entre la desbandada de autos, que a esa hora circulaban.

El pollero y el garnachas ya tenían abiertos sus changarros, cuando llegué a la calle Bravo. Los saludé cordialmente y cotorrié al pollero:

—Ton's que vale ¿cuántas ninfas te has tirado?

—Una diaria amigo.

—¿Y cuántos pollos das por el trabajo?

—Un palo un pollo, para que se vayan bien contentas!

—¡Chido por usted valedor!

El Endemoniado vaciaba los huacales y los costales de verduras y frutas en los estantes de su negocio. Su mujer barría la acera y su hija escanceaba sumo de naranja en los vasos de plástico. La voz del comerciante me sacó de mis contemplaciones.

—¡Si llega un poco más temprano la encuentra abierta, hace un ratillo que dio el cortinazo, joven!

—Ha de estar con alguna potranca de seguro

—¡Y de muy buenas ancas la morena!

—Bueno maestro, a'i nos vemos al rato, voy a hacerme un guato pendejo mientras abre.

—¡Que le vaya bien joven, y a ver si luego me da unas clasecitas de guitarra, a'i nomás pa' pasar el rato!

Dejé el changarro y en la esquina me encontré a Castillo:

—¿Qué onda Castillo, vienes de la chamba?

—Acabo de llegar, estaba guardando mi trompeta cuando sonó la campana del burrero y salí a pedirle que se espere, pues tengo un montón de basura en la casa.

—¿Y qué me cuentas del burdel en donde hueseas? ¿Te pagan bien?

—¡Hasta te burlas! Apenas para sobrevivir; por ocho horas de estar tocando música melcocha para los briagos, me dan cuarenta lanzas. Yo ya estoy hasta la madre de estar ahí, quisiera tocar otras cosas, pero ni modo, mi jefa tiene que comer y yo a seguir en el tugurio soplando

la corneta, sin albur, a'i pa' medio vivir, y tú ¿qué me cuentas de tus rolas, ya has hecho más, qué me dices de los foros?

—A'i graneando, unas en los camiones y otras en la Casa de la Cultura o en otros barrios. Y de mis canciones, pues todavía sin encumbrarlas, yo estoy como tú en el congal, con los sueños angustiados y la esperanza buscando ponerse hasta la madre para alivianarse. Para los poetas y bohemios, la vida es más difícil que para un pasante de doctor o de ingeniero, pero hay que resistir si en verdad te gusta lo que haces, así es el rock and roll, la crisis está regruesa hasta para la imaginación.

—Ya me agüitaste más de lo que estaba, si quieres vamos a mi casa, te invito un pegue de tequila y nos sonamos unas rolas.

—Orale, me late el cotorreo.

—Nomás déjame decirle al burrero que se estacione enfrente de mi *jaus* y le llegamos. ¡Hey joven!, ¿todavía le sobra espacio para unos cuantos kilos de basura?

—Si señor, ¿en dónde están?

—Donde ve ese zaguán amarillo

—Ahorita voy, nomás acaba de zurrar el burro.

El *blues* de la trompeta de Castillo me transportó por melancólicos lugares, donde él y yo, eramos dos negros sembrando algodón hasta el cansancio, después el rito para encontrarnos con nuestras deidades, el país de donde fuimos arrancados para ser esclavos; bajo la luna blanquísima, bebiendo tragos de tequila. El *blues* nos hacía alucinar un universo basto para nuestros sueños. La trompeta de Castillo se acomodaba al ritmo de los acordes de mi guitarra. Fusionamos nuestros lamentos, como buenos lobos salvajes que han perdido su camino.

El Pelón buscaba comida en la basura sin dejar de inhalar solvente, el Cachetes con su muleta y el pie enyesado maldecía a una bola de perros, que fornicaban a una perra. Tiempo de elecciones, los postes estaban retacados con propaganda política, se veían como si fue-

ran arbolitos de navidad, en sus troncos colgaban pancartas con la imagen de los candidatos de todos los partidos, rostros sonrientes y angelicales, la colonia era iconoclasta.

Un mercado libre para la demagogia, grandes ofertas a escoger, desde: "si votan por mí se acabará la corrupción y se hará justicia a los que menos tienen".

Rayoneó el retrato del candidato del PAN, le puso bigotes al del PRD y cuernos al del PRI. El Pelón izó su dedo pulgar y vitoreó su acción mientras se chemeaba. El Cachetes tumbó de un muletazo la pancarta del PT, bailó una samba con su pata enyesada sobre ella y pateándola la lanzó hacia donde los perros y la perra seguían fornicando.

—Y tú, ¿por quién vas a votar paisano?

Me preguntó, a la de sin susto, el viejo maestro oaxaqueño, que ya en puntos chiles, impulsa sus discursos y desgañitado los escupe en plena vía pública, desahogando su resentimiento en contra del gobierno.

—No sé paisano, ¿y tú?

—El voto es secreto.

—Entonces, ¿por qué me preguntas?

—Para saber si eres amigo o enemigo.

—Soy amigo paisano, soy amigo...

El paisano comenzó a gritar su discurso y yo lo dejé en su locura.

confesión

Te voy a contar algo que nunca a nadie se lo he dicho. Será que tú me das confianza. Mi psicólogo me sugirió, que cuando encontrara alguien a quien platicarlo, lo hiciera, y como ya te dije, tú me causas confianza.

Verás, esto que voy a confesarte, siempre me ha atormentado, es como un remolino que guardo desde que era pequeña. Entonces yo tenía trece años y me estaba bañando. Esa vez mi padrastro llegó temprano del trabajo. Mi mamá no estaba. Cuando salí del baño, mi padrastro ya se había encuerado y tenía el pene erecto penduleándole entre las piernas. Traía una pistola en una

mano. Yo me asusté al verlo y quise salirme a la calle, pero él detuvo mis intenciones con un grito:

—¡Espérate niña, no corras!

Y soltó un balazo al aire. Yo me detuve.

—¡Acércate! Me dijo, sin dejar de girar la pistola en sus dedos. Yo temblaba de miedo y entre mí le pedía a Diosito que mi mamá se apareciera, para que no me pasara nada. Pero mi mamá ni sus luces:

—¡Qué te acerques!

Me volvió a gritar, apuntándome a los ojos. Yo me acerqué. Mi padrastro al verme junto a él, que me dice:

—Anda acaríciame.

Yo me negué a hacerlo, pero él me amenazó poniéndome la fuzca en la cabeza.

—Hazlo, porque si no, te mato y cuando llegue tu mamá a ella también la mato.

Fue algo horrible, como si cayera en un túnel profundo. Sentí como un golpe en la nuca y que me desmayo. Cuando desperté, entre mis piernas ardían tantos infiernos como te los puedas imaginar, era un ardor y una vergüenza tal, que lo primero en que pensé para mitigarlo, fue en la muerte. ¡Ay! yo no sé porqué te lo cuento, perdóname si lloro, pero si vieras, me sentía podrida, con un chingo de gusanos por dentro tragándose mi carne. Era algo tan terrible, que sólo matándome remediaría.

Al poco rato llegó mi mamá, al verme con las piernas ensangrentadas, se puso histérica y de un salto se abrazó a mi cuerpo, que para ese entonces ya no lo sentía mío, sino de la mierda.

—¿Qué te pasó mi'jita? ¿Quién te hizo esto? Fue Cástulo verdá, fue él verdá...

Me gritaba, pero yo estaba ida. Mi mamá hecha una fiera se fue a la otra pieza a buscar a mi padrastro, al rato se oyó un disparo. Mi padrastro mató a mi madre...

Bueno, eso es todo, así pasó tal y como te lo conté, pero sabes, lo que más me duele es que a más de treinta

años que sucedió eso, mi familia siga diciendo que por mi culpa mi padrastro mató a mi mamá. Diosito santo bien sabe que es mentira...



espiral

Ayer me contaron que don Fidel, el de los boleros, había muerto. Ni pregunté de qué, pues sabía que el alcohol se apuntó otro a su lista.

Hace años velamos al Jarocho y después a Perico, a quienes amarrados a sus camas, se los llevó la muerte entre aullidos de dolor por la cirrosis.

Hoy en las calles, veo a la nueva generación caer en el mismo abismo. La otra noche vi salir a dos adolescentes de las sombras, huyendo de la patrulla y al mirar sus rostros, se me volvieron a presentar los rostros de la Española y su compadre el Chicano y más atrás en el tiempo, los de Rolando el rabioso y Alma grande.

Cuando regresé al presente, los dos muchachos eran subidos a la patrulla.

La
Violencia
Es
Una
Espiral.

Al otro día los vecinos comentaban de la riña suscitada por razones que dan risa; sólo porque a alguien se le ocurrió hablar en contra del futbol mexicano y al grito de eres un renegado, se soltaron los guamazos; cuando era pirrín, los italianos le metieron cuatro golpes a Nacho Calderón y el cubano ya se quería lanzar con la bandera enredada al cuerpo, bajo las llantas de un chimeco, y lo hubiera hecho pero lo convencieron que se alivianara, diciéndole que México quedaría como el cuarto equipo mejor del mundo.

La otra tarde, nada más porque un pasajero le protestó al chofer de un micro, su forma mortal de conducir, por poco y le cuesta salir en la nota roja, sino es que una señito se interpone entre el desarmador y la bofa del pasajero, éste hubiera alcanzado la gloria eterna.

La
Violencia
Es
Una
Espiral.

Ayer me contaron que don Fidel, el de los boleros, había muerto. Ni pregunté de qué, pues sabia que el abismo se apuntó otro a su lista.

La cuitas del Ajolote y otros relatos se terminó de imprimir en el invierno de 1995 en los talleres de la imprenta "La Calavera", calle Canacuate esquina Cicalco, col. Pedregal de Santo Domingo, Delegación Coyoacán, México, D. F. El tiraje consta de 1 000 ejemplares. La tipografía se realizó en Sigma Servicios Editoriales s. c.



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



012628

Raymundo Colín nació en Neza el 7 de enero de 1961. Narrador, poeta, cantautor y promotor incansable de la cultura del barrio. Ha publicado en los periódicos; *El Día* (Suplemento Generación Noventa), *El Periódico del Barrio* (Coyoacán), *El Republicano* (Tlalpán), *El Centinela* (Neza) y en las revistas; *Desmadre*, *Escriba*, *Espiral Urbana*. Además a participado en programas radiofónicos de RTC y Radio Chapultepec; dentro de su producción musical destaca la canción Ofelia grabada por el grupo El Salitre, de Neza. Como promotor cultural ha sido impulsor de los Encuentros de Barrio a Barrio, colaborador en el Centro de Artes y Oficios "Escuelita Emiliano Zapata", de Santo Domingo, en Coyoacán, y actualmente participa como miembro fundador del grupo cultural Espiral Urbana.

Suriel Martínez

G.C. ESPIRAL URBANA (PACMYC 95)